

VITTORIO MESSORI

CON ANDREA TORNIELLI

POR QUÉ CREO

Una vida para dar razón de la fe

Traducción de María del Mar Velasco

LIBROSLIBR**E**S

UNAS PALABRAS AL LECTOR SOBRE EL PORQUÉ DE ESTE LIBRO

Lo que ha tomado forma en estas páginas es un proyecto que acariciaba desde hacía tiempo. Ha sido muy interesante dialogar con Vittorio Messori sobre su conversión y sobre la experiencia —nunca tan detalladamente descrita— que en el verano de 1964 transformó en un defensor del dogma católico y en un difusor de la devoción mariana a un perfecto producto de la cultura laica y agnóstica del Turín de Norberto Bobbio (de quien fue alumno), de Alessandro Galante Garrone (con quien se doctoró), de los autores de la editorial Giulio Einaudi y de los editorialistas de *La Stampa* (donde trabajó durante diez años).

Ha sido interesante sobre todo para mí que, educado en la fe desde la infancia, la he redescubierto y he profundizado en ella con el paso de los años, aun sin haberla abandonado nunca. El trayecto del converso es, en cambio, más tortuoso, y a menudo más fascinante. Vive como novedad lo que, para quien es cristiano de toda la vida, corre el riesgo de convertirse en un hábito. Si, además, este converso no es un personaje ya ilustre que ha hallado por la Gracia el camino del Evangelio, sino un hombre, un periodista que se ha convertido en un famoso autor de *bestsellers* precisamente por haber afrontado las grandes preguntas sobre la fe, sobre su racionalidad y sobre sus fundamentos históricos,

entonces su vivencia personal no es sólo curiosa, sino que representa un recorrido al cual es útil —para todos— enfrentarse.

Messori, de hecho, se ha convertido en el autor que conocemos porque, en una época en la que incluso muchos religiosos —creyendo ir a la moda— descubrían con entusiasmo a Marx y a Freud y en el púlpito parecían sociólogos, mitineros o psicoanalistas, tuvo el coraje de preguntarse nuevamente quién era aquel Jesús de Nazaret sobre cuya resurrección se sostiene, y sin la cual cae, el edificio entero de la fe.

Eran los años del postconcilio, o más bien de la crisis del postconcilio. Años marcados por muchas esperanzas de renovación, pero también por abusos y por crisis. Crisis y abusos que han minado a menudo la fe de los sencillos y han provocado en la Iglesia católica la mayor hemorragia de religiosos y religiosas de su historia doblemente milenaria. Sólo la Reforma protestante, casi cinco siglos antes, había logrado una estampida casi equivalente en seminarios, conventos, monasterios y parroquias. Decía Pablo VI, el 25 de abril de 1968, fotografiando la situación eclesial del momento: «Renovación, sí; cambio arbitrario, no. Historia siempre viva y nueva de la Iglesia, sí; historicismo disolvente del compromiso dogmático tradicional, no; integración teológica según las enseñanzas del Concilio, sí; teología conforme a libres teorías subjetivas, a menudo procedentes de fuentes enemigas, no; Iglesia abierta a la caridad ecuménica, al diálogo responsable, al reconocimiento de los valores cristianos ante los hermanos separados, sí; irenismo que renuncia a las verdades de la fe, o proclive a uniformarse con ciertos principios negativos que han favorecido la separación de tantos hermanos cristianos del centro de la unidad de la comunión católica, no; libertad religiosa para todos en el ámbito de la sociedad civil, sí; y libertad de adhesión personal a una religión según la elección meditada de la propia conciencia, sí; libertad de conciencia como criterio de verdad religiosa, no sufragada por la autenticidad de una enseñanza seria y autorizada, no. Y así con todo lo demás».

Era el discernimiento, eran los rudimentos para una correcta interpretación de la renovación conciliar. Palabras olvidadas de un Papa ciertamente moderno pero, al mismo tiempo, custodio

de la Tradición. Años después, el 29 de junio de 1972, el Papa Montini decía: «También en la Iglesia reina este estado de incertidumbre; se creía que después del Concilio vendría una gran jornada de sol para la historia de la Iglesia. Y, sin embargo, ha llegado una jornada de nubes, de tempestad, de oscuridad, de búsqueda, de incertidumbre [...]».

En medio de esta tempestad, para muchos dramática, Vittorio Messori, recién converso al cristianismo —o mejor al catolicismo— en la laica y secularizada Turín de la primera mitad de los años 60, emplea doce años en escribir un libro: *Hipótesis sobre Jesús*. El libro que él, hambriento de la verdad sobre aquel Nazareno a quien acababa de descubrir, no lograba encontrar. No lo encontraba en los escaparates de las librerías católicas, llenas hasta lo inverosímil de ensayos y estudios sobre todo tipo de cuestiones, ante todo sociales y políticas, o bien dedicados precisamente a la demolición de la historicidad de Cristo. Y, por supuesto, tampoco lo podía encontrar en las librerías laicas.

Aquella fe descubierta como por una iluminación, que lo había llevado a sumergirse en la lectura de los Evangelios, estaba sedienta de respuestas, de profundizaciones, de testimonios, de fundamentos razonables. El periodista converso no buscaba análisis sobre la sociedad, sobre la pobreza material y sus causas, sobre el compromiso político y social de los católicos, sobre la aplicación de las ciencias humanas al cristianismo. Messori tenía hambre y sed de certezas sobre la historicidad de aquel hombre que había venido al mundo en una aldea perdida del Imperio romano. Un hombre que representaba un punto aparentemente insignificante en la historia, pero que había terminado por dividirla en dos con su venida. Aquel hombre, único entre todos, había afirmado ser «el Camino, la Verdad y la Vida», y se había atribuido, Él, hijo de un carpintero de Nazaret y de una joven y humilde joven judía, un origen divino.

¿Qué hay de cierto en esta historia, en este relato que desde hace dos mil años hace eco en el mundo? ¿Es verdaderamente Él el Mesías esperado por Israel, anunciado por las profecías? Y, sobre todo, ¿resucitó realmente? Preguntas que Messori se planteaba mientras profundizaba en unos estudios nuevos para él, refle-

xionando y confrontando, viajando hasta Israel para caminar por los mismos lugares del Evangelio, interrogando a biblistas, arqueólogos, historiadores, creyentes e incrédulos. Una búsqueda de las raíces de la fe, una excavación en busca de sus fundamentos, un recorrido para descubrir lo que hay en el origen de dos mil años de cristianismo.

El libro que escribió y publicó en 1976 lo escribió, sobre todo, por Él. A pesar del escepticismo de muchos clericales —que le exhortaron a abandonar, intuyendo una «apologética actualmente inaceptable»—, eran muchos, realmente muchos, los que lo esperaban. *Hipótesis sobre Jesús* se convirtió en un *bestseller* mundial (y todavía hoy, a treinta años de distancia, no ha terminado su recorrido: reeditado, traducido, vuelto a traducir...) porque las preguntas de Messori eran las preguntas que muchos se hacían y que no encontraban respuesta. Una respuesta seria, rigurosa, pero divulgativa, comprensible, adaptada al gran público, no circunscrita al ámbito de los expertos y de los académicos.

El trabajo del periodista, o mejor, «del cronista», como a Messori le gusta definirse —si el Evangelio es sobre todo «la Buena Noticia», en el fondo los cronistas son los primeros interesados en conocerla—, fue continuo en los años sucesivos, con nuevos libros y nuevas profundizaciones. Ha pasado por el cedazo, metódicamente, muchos otros aspectos de la vida de Jesús, de su pasión, muerte y resurrección. Centenares de artículos, decenas de libros, discusiones y debates. Después de haber bajado al sótano para verificar los fundamentos de la fe, con el mismo interés Messori ha indagado sobre la historia de la Iglesia, es decir, de esa institución y ese pueblo que sigue, aún hoy, custodiando, transmitiendo y difundiendo el anuncio de hace dos mil años. Ha estudiado las etapas llamadas «oscuras» y ha desmontado errores y leyendas negras con honestidad y competencia.

Su búsqueda se ha movido siempre en el ámbito de los fundamentos. Han pasado, decíamos, más de treinta años desde la irrupción —imprevista y repentina— de *Hipótesis sobre Jesús*, pero aquella intuición ha permanecido de rabiosa actualidad hasta hoy; quizá, sobre todo, hoy. Es cierto que la Iglesia ya no vive la crisis postconciliar: muchos de aquellos movimientos parecen

pertenecer ya al pasado y las posturas de la jerarquía también tienen su lugar y ejercen su papel en el seno del llamado «circo mediático». La pregunta sobre la fe, sin embargo, permanece. La esposa de Cristo aparece hoy en primera línea de la defensa de la dignidad de la vida humana, en las fronteras de la bioética, en la sana batalla para reafirmar los principios morales por encima, incluso, de los cristianos, en un mundo agitado por las guerras, invadido por el relativismo y por una técnica científica que no quiere y no puede conocer límites. Y, sin embargo, hoy, como hace seis lustros, la cuestión más radical no se percibe, quizá, con la debida urgencia y dramatismo. ¿Qué ha sido de la fe en Jesucristo? ¿Realmente existió aquel hombre? ¿Hizo milagros? ¿Resucitó?

Este regreso a la raíz del problema, acompañado de una buena dosis de realismo cristiano —y también de humildad, aunque con leves apariencias irónicas—, ha hecho que Messori no se haya convertido nunca en un moralista. Nunca ha querido convertirse en una especie de notable eclesial, sino que ha conservado un estilo mordaz, si no burlón, ante toda oficialidad; no es el converso que ama batir récords de asistencia a la misa diaria o de rosarios, ni predica al prójimo como si estuviera investido de una particular misión.

A diferencia de otros muchos, en estos decenios no ha asumido poses «proféticas», como si estuviese entre los «iniciados» que finalmente han descubierto lo que es y lo que debe ser la fe cristiana. No se encontrará en él ni medio gesto de pesimismo apocalíptico ante el futuro. Messori, que también es un admirador y un devoto del beato Pío IX (el Papa, entre otras cosas, de la Inmaculada, que se apareció en la Lourdes que tanto ama para confirmar el dogma que aquel gran Papa amaba tanto), no tiene nostalgia alguna del Estado Pontificio, que extendía sus confines y su influencia también en la provincia (Emilia) en la que nació. Ni siente nostalgia por la Iglesia preconiliar, por ciertos ritualismos externos o por una mayor presencia e influencia del clero en la vida social. Al contrario, ha escrito a menudo que el deber del creyente laico es «vigilar, porque el clericalismo es la patología que amenaza siempre al cristianismo, y en particular al catolicismo».

No tiene relación alguna con el moralismo de quien pretende ser un ejemplo a imitar. Es más: la moral, los temas ligados a la ética, son los que menos le han interesado siempre, convencido de que lo que importa es la fe, de la cual desciende necesariamente la necesidad, o al menos la aspiración, a un comportamiento moral coherente. Del mismo modo —a pesar de sus estudios universitarios de Ciencias Políticas—, se ha propuesto siempre permanecer lejos de la política, tanto en sus escritos como en sus palabras o en un cargo activo, que también le ha sido propuesto en varias ocasiones. Entre los pocos méritos que se atribuye está el de no haber unido nunca su firma a documentos, llamamientos o declaraciones públicas, ni siquiera en aquel 68 y en su larga estela, que también le atravesó a él. Mientras sus coetáneos desfilaban, se manifestaban o en ocasiones disparaban, Vittorio estudiaba y reflexionaba sobre el enigma de Jesús en la historia «esperando», dice, «que, como todos los carnavales, aquél también se terminara».

Su mirada —a menudo irónica y distanciada de tantos afanosos a la par que bienintencionados «intereses» sociopolíticos— es la del que sabe que Dios es el que guía los destinos del mundo de una manera incomprensible para nosotros. Y que, sobre todo, sabe lo que necesita el hombre de hoy, que es el mismo que el de todas las demás épocas: no un discurso, ni una moral, no una teoría ni una regla de vida, sino hallar vivo y presente a aquel Hombre de Nazaret. Los cristianos no son una categoría de personas afligidas, obligadas a renunciar a cualquier rasgo de su humanidad. Al contrario: el cristianismo, y sobre todo el catolicismo, como bien explicará el propio Messori en las páginas que siguen, es la religión del *et-et*, no del *aut-aut*.¹ El católico lo quiere todo: «posee», en cierto modo, todo; no está obligado a escoger, allá donde esta elección, absolutizando un único aspecto, representa el comienzo de la herejía.

Hoy, a pesar de que ha pasado ya la tempestad que azotó la Iglesia en los años 60 y 70, parecemos estar en una época en la

¹ Messori utilizará constantemente este concepto del catolicismo como suma (*et-et*, «esto y esto») y no como exclusión (*aut-aut*, «esto o esto»).

que, en el seno del mismo cuerpo eclesial, se ponen en tela de juicio los fundamentos, pero no las consecuencias. Se discute la resurrección de Jesús y la virginidad de María, la historicidad de los Evangelios y la presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo en la Eucaristía, pero es mucho más difícil disentir sobre el preservativo o la fecundación *in vitro*. Así, se publican libros (por editores de tradición católica que difunde la red de librerías confesionales) que atentan contra la fe de los sencillos negando la historicidad de los Evangelios, y la reacción de cierto clero se limita a menudo a un bonito encogerse de hombros porque «total, son sólo novelas...». Después se descubre que muchos —demasiados— jóvenes, con motivo de una novela o de una película, han puesto en duda su fe, tan pobre de razones y de esperanzas verdaderas, y han abandonado la Iglesia, mientras que sobre las páginas de los periódicos campan a diario invectivas, aclaraciones, exhortaciones de moralistas y de obispos sobre las grandes cuestiones éticas. Tomas de posición que terminan, quizá, por hacer a la Iglesia más extraña a la opinión pública. A ésta, lejos de la experiencia de la fe y ajena también a los reclamos de la «moral natural», le cuesta comprender el porqué de ciertas prohibiciones. En lugar de anunciar y presentar de un modo creíble el fundamento de la fe —son cómplices también los medios de comunicación, siempre interesados en subrayar aquello que pueda tener tintes políticos—, se termina por insistir más sobre las consecuencias, dando por descontada la existencia del primero para concentrarse sobre las segundas.

Ante esta situación, Messori no se rasga las vestiduras, no maldice, no truena contra la «iniquidad de los tiempos». Ni siquiera hace el papel de pesimista profesional. Al contrario, ironiza sobre ciertos predicadores apocalípticos, recordando el chiste de Ennio Flaiano: «No me preguntéis adónde vamos a ir a parar, porque ya estamos allí». Dice que se encuentra bien en este mundo postmoderno donde creer es más que nunca una «apuesta» libre y donde los cristianos —pequeña «grey», en propia definición de Jesús— pueden descubrir su función de levadura, de sal, de grano de mostaza. Ha escrito recientemente Messori, en un artículo en el que reflexionaba sobre su cumplea-

ños y recordaba (él, el autor de *Apostar por la muerte*) que ya es mayor, este párrafo: «Me encuentro a gusto en esta *open society*, en esta sociedad abierta, como la llamaba Karl Popper, esta sociedad cada vez más mestiza y cada vez más compleja. Amo la libertad anunciada por Cristo y su Evangelio, que se debe proponer pero nunca imponer. Sé que no puede haber virtud sin la posibilidad de optar por el pecado. Me gusta la vida como aventura, donde los santos y los miserables se entrelazan, donde se enfrentan el bien y el mal. Amo las metrópolis, las junglas de asfalto; más que el control social de la aldea, amo el bullicio de las grandes ciudades, donde la historia se construye a través de la trama infinita de las libres relaciones humanas. Me angustia, en cambio, la vida como entendida como el cuartel de los fascistas, como el falansterio social de los comunistas, como la casita de Blancanieves de los ecologistas, como el convento o seminario obligatorio de los clericales. Todos mis libros, por lo demás, los he escrito pensando en el hombre de la ciudad secular, no en los nostálgicos de una cristiandad ya extinguida».

Él sigue así, bajando al sótano, excavando entre los fundamentos, para poder ofrecer algún indicio más a sus múltiples lectores sobre la razonabilidad de la fe en ese Hijo de Dios que, al resucitar, transformó a un grupúsculo de hombres aterrorizados y desilusionados en incansables anunciadores de la Buena Nueva. Eran doce y dejaron que los mataran para que aquella historia nacida entre el reinado de Augusto y el de Tiberio en un rincón oscuro de tierra en los confines del Imperio romano llegase hoy hasta nosotros, hombres y mujeres del tercer milenio, que navegamos por Internet, que utilizamos el *email* y el *iPod*, pero que tenemos en el corazón el mismo infinito deseo de felicidad y de realización que albergaba el de nuestros antepasados, hace dos mil años.

Aquel grupúsculo de hombres, tan realistas y concretos —no en vano eran pescadores, artesanos o recaudadores—, no se «inventaron» una nueva e inédita religión, sino que se rindieron ante una evidencia, tan verdadera y tan real que significó una buena razón para perder la propia vida por anunciarla, para que todos pudieran conocerla. No anunciaron utopías de cambio

inmediato y radical de la sociedad, no tronaron contra la legislación romana o contra la inmoralidad imperante en la época. Ejercieron —simplemente— un cristianismo que, según nuestro cronista, «se habría muerto en la cuna si, tras la Ascensión, los apóstoles se hubieran reunido para debatir un “plan pastoral” o redactar las “líneas directrices para el diálogo”».

Esta actitud positiva, desencantada y para nada beata o clerical, alérgica a cierta burocracia actual y a las *documentitis* eclesiales, pero totalmente anclada en una certeza de fe sólida como la roca —no gracias a los méritos o a la personalidad del interesado, sino a la fuerza divina de su fundamento— es la que he encontrado en Vittorio Messori. Por eso su figura resulta atípica en el panorama eclesial y cultural de hoy. No tiene pelos en la lengua, ni habla el «eclesialés», es decir, ese lenguaje autorreferencial nacido y crecido en el seno de las estructuras católicas, nutrido por los convencionalismos de las comisiones clericales, a menudo estereotipado y tanto más repetitivo cuanto menos cercano resulta a la experiencia humana más real. Y no se le puede colocar fácilmente en uno u otro bando. No es un tradicionalista, no es un moralista, ni un «teocon». Aborrece el uso instrumental de la fe cristiana en función de batallas político-culturales, o la referencia a las raíces cristianas reducida a puro eslogan por parte de aquellos que no están interesados en la vida real de esas «raíces», sino más bien en manifiestos ideológicos para justificar choques de civilizaciones o incluso carreras políticas.

Me gusta recordar que, a lo largo de las jornadas de trabajo en las cuales tomó forma este libro, para la comida con Vittorio y con su mujer Rosanna (a la cual debo un agradecimiento especial por haber facilitado la realización de mi proyecto) íbamos siempre a una pizzería en la que se goza de unas excepcionales vistas del lago de Garda, y que atienden unos egipcios. Hacen una pizza excelente, además de diversas especialidades a base de carne de avestruz. No podría imaginar un cóctel más variado para nuestros encuentros: el *pizzaiolo* islámico, la pizza con jamón de avestruz (que no pertenece precisamente a la identidad culinaria lombardo-véneto), horas pasadas en compañía en el intento de usar la razón y, justo con base en ésta, ninguna reserva a la hora

de criticar la alianza ideológica, hoy muy en boga, que parece unir los destinos del cristianismo a los de Occidente, resucitando actitudes de cruzada que se creían ya sepultadas en los meandros de la Historia.

También en esto, por tanto, sorprende y descoloca Messori. Se dice dispuesto, con tranquila humildad, a dejarse matar con tal de no abjurar de su fe, pero mira la historia, la política y las complejas vicisitudes de este nuestro tiempo con ese distanciamiento e ironía —que sabe ser sobre todo autoironía— de quien cree realmente que en los pliegues de la historia se revela un designio todavía incomprensible para nosotros, pero tejido por la mano de un Dios presente, que actúa y que nos conduce hacia la meta. El Padre Eterno —le gusta repetir— escribe derecho con renglones torcidos.

Y nosotros —añade— no podemos nunca olvidar que somos sólo siervos inútiles: tenemos que cumplir, por tanto, nuestro deber, pero sin afán, con calma, confiados en que el Señor sostiene con fuerza, en sus manos omnipotentes, los hilos del Universo entero.

Ama profundamente a la Iglesia, sabe que llegará hasta el fin de los tiempos, pero no le escandaliza la posibilidad de que la insumergible «nave de Pedro» llegue a la meta de la Parusía, del retorno de Cristo, no como un soberbio galeón con las velas desplegadas, sino como una mísera patera cargada de pobre gente, aunque sujeta por la confianza en la verdad del Evangelio.

Los encuentros a raíz de los cuales ha nacido el libro se han desarrollado en un lugar que se ha convertido en el refugio de Messori, aparte de ser una de las pasiones que lo mantienen constantemente atareado: la abadía de Maguzzano, en el ayuntamiento bresciano de Lonato, sobre una pequeña colina que domina el lago de Garda, en un paisaje de olivos y cipreses que ha escapado milagrosamente del cemento, y para cuya defensa ha creado el primer y único «comité» de su vida, por el que ha sufrido amenazas y daños materiales. Maguzzano es la antigua abadía benedictina que se alzaba junto a una calzada romana y que fue fundada en época carolingia. Incendiada por los húngaros, devastada por las tropas de los Visconti en 1339, reedificada en

1490, tomada por Napoleón, fue devuelta a los monjes en 1904, confiada a una comunidad de trapenses, cistercienses de estricta observancia provenientes de Argelia, que se quedaron hasta 1938. Entonces la abadía pasó a don Giovanni Calabria, el sacerdote veronés, canonizado en 1999, que había fundado hacía poco la Congregación de los Pobres Siervos de la Divina Providencia. En este lugar, Messori ha conseguido un estudio, obviamente lleno de libros hasta lo inverosímil. Aquí escribe y trabaja, dedicándose también al embellecimiento y la restauración de la abadía, promoviendo estudios históricos y excavaciones arqueológicas porque —dice— no tiene futuro una Iglesia que ignora su pasado. Aquí ha tenido lugar nuestro diálogo, que se ha mantenido durante varios días.

No siempre ha sido fácil obligar a mi interlocutor a hablar de sus experiencias personales, de su pasado, de su conversión. Es más, me ha costado bastante incluso convencerlo de que dijera que sí a la idea misma de publicar este libro. Las páginas que siguen a continuación son, por tanto, un cóctel —al lector le corresponde decidir si se ha logrado o no— que pretende mezclar en dosis acertadas el relato de la vida de Messori y algunas de las conclusiones a las cuales ha llegado con sus estudios. El resultado de decenios de trabajo, de decenas de libros de éxito en todo el mundo, de entrevistas a papas y a futuros papas, de libretas, de intervenciones, está, de algún modo, destilado en este diálogo que puede ser, acaso, considerado una invitación a la lectura de sus obras, además del testimonio de un cristiano como él. El cual, como me ha dicho en varias ocasiones, está arrepentido sólo de una cosa: de comprobar a diario que la «conversión de la mente» —que fue, y que es total— a menudo no ha sido acompañada por la «conversión del corazón». Y que, por tanto, debe unirse al lamento de «su» Blaise Pascal: «¡Cuánta distancia hay en mí, cristiano, entre el pensamiento y la vida!»

ANDREA TORNIELLI